

A DEBATE

Las revueltas que comenzaron en Túnez y se trasladaron también con éxito a Egipto hacen esperar que los países árabes entren en un proceso de democratización. Sin embargo, existe miedo a que algunos radicalismos eviten este progreso y generen más tensión de la existente. Por ello, algunos reclaman una mayor tutela de la comunidad internacional.

¿Cree que el proceso que viven los países árabes permitirá su democratización sin tutela internacional?

ARACELI MANGAS MARTÍN
CATEDRÁTICA DE DERECHO
INTERNACIONAL PÚBLICO Y RELACIONES
INTERNACIONALES DE LA USAL



¿QUIÉN TEME A LA DEMOCRACIA?

Hasta la caída del Muro de Berlín (1989) la democracia no era apreciada como un valor universal y se vinculaba al mundo occidental. Esos recelos se derrumbaron con el mismo Muro y en los años noventa del pasado siglo Iberoamérica y parte de Asia (incluida China en la plaza de Tiananmen) reivindicaron la democracia para sí. Faltaba el mundo árabe y es lo que reivindican hoy millones de seres humanos en el Norte de África hasta Oriente Medio.

No hay impedimento o incompatibilidad alguna para que los pueblos árabes o musulmanes se den un régimen democrático, no hay excepción musulmana a la democracia. Turquía o Malasia son buenos ejemplos, aunque la democracia turca tenga todavía algunas lagunas notables. Tampoco hay modelos únicos de democracia; ninguna es perfecta y hasta llegar a su estabilidad se pasa por situaciones inciertas. Lo sabemos muy bien los españoles. También había prejuicios antes de la muerte de dictador Franco sobre nuestra incapacidad histórica para la democracia y sin embargo España nunca ha sido tan próspera y estable como en la etapa democrática.

Hoy en día es irrefutable, primero, que donde hay democracia no hay guerra en su seno. Segundo, las democracias no atacan (salvo determinadas agresiones muy criticables de Estados Unidos). Tercero, entre democracias no hay guerras. Por el contrario, en el seno de las dictaduras y regímenes autocráticos surgen todos los conflictos armados internos o guerras internacionales. Las dictaduras norteafricanas y de Oriente Medio y más allá (Pakistán) no combaten el terrorismo sino que lo nutren cuidadosamente y nos lo dosifican con atentados terroristas para que conservemos a sus dictadores en el poder. Por ello nada tenemos que temer de la democratización del norte de África.

La comunidad internacional, a través de la ONU, no debe tutelar nada

Será la mejor vacuna contra el fundamentalismo islamista. Nadie puede asegurar que todos ellos lo conseguirán pero están en la vía adecuada para poder decidir por sí mismos.

La comunidad internacional organizada a través de la ONU no debe tutelar nada. Los pueblos norteafricanos son pueblos maduros, bien formados y con gran determinación. Y desde luego no son Estados desestructurados o fallidos ni débiles. Sólo en la medida en que ellos mismos lo soliciten podrán tener la asistencia de las Naciones Unidas o de la Unión Europea. También está demostrado que las elecciones por sí mismas no son suficientes para democratizar una sociedad. Una sociedad tiene que construirse sobre valores sociopolíticos compartidos, sobre normas e instituciones que arraiguen, y que la libertad o la democracia no se impone sino que debe ser un anhelo social compartido. Túneceños y egipcios han demostrado tener dignidad echando a sus dictadores tras treinta años de opresión. Algo de lo que no podemos presumir en España pues después de cuarenta años

el dictador murió en la cama. Aunque luego hicimos con dignidad y ejemplaridad la transición a la democracia.

La Unión Europea no tiene legitimación moral para tutelar nada en esa región. Nuestros gobernantes, que no nuestros Estados y pueblos, han sido los beneficiarios de la opresión sobre millones de personas. Aunque ya que sostuvimos esas dictaduras no les neguemos la ayuda que pudieran solicitar para pasar la difícil transición. Por nuestro propio bien, no les neguemos ayuda a su desarrollo, no pongamos barreras a sus productos y más inversión en esos países. Y que la democracia la puedan disfrutar en su propio suelo patrio. ■

GUSTAVO DE ARISTEGUI
DIPUTADO DEL PP Y PORTAVOZ
DE ASUNTOS EXTERIORES



LIDERAZGO EGIPCIO

Egipto ha sido siempre un referente esencial en el mundo árabe. El país más poblado, uno de los países con mayor concentración de intelectuales de calado, no olvidemos al Premio Nobel Nagib Mahfuz, lugar de nacimiento del islamismo radical moderno (Hassan Al Bana funda los Hermanos Musulmanes en 1928), y epicentro del nacionalismo árabe con Gamal Abdel Nasser. Es la sede de la Liga Árabe, el primer país que firma el tratado de paz con Israel y tiene, según todos los observadores dedicados a analizar la situación que se vive en la región, la mejor diplomacia del mundo árabe.

El estado egipcio, por ineficaz que haya

sido en ocasiones, tiene una estructura estatal sólida y una presencia territorial que llega a los confines del país, y el ejército constituye el 25 por ciento de todo eso. En Egipto se produce una de las primeras revoluciones que revocó a las monarquías corruptas y trasnochadas, como la del rey Faruk, o de los Senoussi en Libia.

Egipto, aunque haya sido la segunda revolución registrada en la región árabe en los últimos meses tras la tunecina, tiene unas características algo distintas y el proceso de creación de grupos políticos y partidos se está produciendo a un ritmo sorprendentemente rápido, según he podido comprobar personalmente en conversaciones con personas del más alto nivel de ese país, que están muy pendientes de como se van desarrollando los acontecimientos tras la salida del país de Mubarak.

Las revueltas espontáneas no fueron ni incitadas ni dominadas por el islamismo radical, no se puede negar que en ellas participaron tanto islamistas como no islamistas y que se interrumpía la protesta en las horas de oración. Como dice Olivier Roy en su más reciente artículo sobre los acontecimientos acaecidos en las calles de El Cairo y en alguna otra ciudad del país, las protestas no eran religiosas aunque en ellas participaran personas de asentadas creencias religiosas.

Con todo y con ello no comparto el análisis que algunos hacen sobre la inminente llegada de una democracia avanzada a la región, hay condiciones suficientes para que se pueda instalar una sólida democracia en un país como Egipto, pero los riesgos y amenazas que sobre ella pesan no son menores.

El islamismo radical, si bien ha cambiado de discurso en muchos temas para tratar de adaptarse a la nueva generación de egipcios, sigue teniendo la misma agenda de instaurar en ese y cualquier otro país islámico, un régimen opresivo y totalitario

y se encuentran al acecho esperando a que pueda producirse un eventual vacío de poder para tratar de llenarlo. Por ello los plazos, el ritmo en la toma de decisiones, las personas y la formación de partidos políticos en un tiempo lo más breve posible, van a resultar esenciales para garantizar el buen fin de esta esperanzadora transición a la democracia.

Egipto es un país fundamental desde el punto de vista geopolítico y geoestratégico y por ello, si la inestabilidad se instalara de forma permanente en aquel país, las ondas sísmicas de violencia, incertidumbre, y quién sabe si conflicto, acabarían extendiéndose a toda la región.

Lo que sí queda manifiestamente claro es que, a pesar de lo que decían muchos agoreros ignorantes, la democracia sí es posible en el mundo árabe como lo ha sido en el mundo islámico no árabe, como lo demuestran las grandes democracias de Turquía y de Indonesia. ■

